

# UN ESPAÑOL, ALMIRANTE EN LA RUSIA DE CATALINA II

Ignacio FERNÁNDEZ DE BOBADILLA  
Comandante de Intendencia de la Armada (R)

*Canto 7, XXXV*

*... In short, this last attack, though rich in glory,  
Show'd that somewhere, somehow, there was a fault,  
And admiral Ribas, known in Russian story,  
Most strongly recommended an assault,  
In which he was opposed by young and hoary,  
Which made a long debate...*

*Canto 7, XXXVIII*

*... While things were in abeyance, Ribas sent  
A courier to the prince, and he succeeded  
In ordering the matters after his own bent;  
I cannot tell the way in which he pleaded,  
But shortly he had cause to be content...*

*(Lord Byron, Don Juan)*

Por decreto de 27 de mayo de 1794, la emperatriz Catalina II de Rusia ordenaba: «... se encarga a nuestro almirante Deribas planear y dirigir la construcción del puerto y ciudad de Jadzibey». Menos de un año después, el 27 de enero de 1795, la propia zarina decretaba que se cambiase el nombre de la nueva ciudad, surgida en pleno páramo estepario, por el de Odesa, resultante de la feminización de «Odessos», topónimo de un antiquísimo asentamiento griego y que, en palabras de la propia soberana, sonaba «más corto y más claro». Ella sabría por qué lo decía.

Íntimamente ligado a esta bella ciudad, hoy ucraniana y poblada por más de un millón de habitantes, aparece por doquier un nombre: Deribas. La avenida principal de la urbe se llama Deribasovskaya Ulitsa; el equipo de fútbol local es el Deribas F.C.; un premio literario, un foro cultural y un teatro llevan también el nombre de «Deribas», y en un lugar preeminente de la ciudad hay una estatua dedicada al fundador del más importante puerto del Mar Negro, almirante Iosif Mijailovich Deribas. Desde marzo de 2006, las autoridades locales están empeñadas en una campaña para recuperar los restos de su fundador y primer alcalde-gobernador, que se hallan depositados en San Petersburgo, donde descansan desde su muerte, en diciembre de 1800. Pero

los rusos no parecen muy dispuestos a renunciar a la tumba de uno de sus grandes héroes nacionales, mencionado por el mismo lord Byron en su poema *Don Juan*. La polémica continúa.

Lo que pocos saben en España es que tras ese nombre se oculta el español José de Ribas y Plunkett, nacido en Nápoles de padre barcelonés y madre irlandesa. Entremos en materia.

En 1738 ocupa el trono de Nápoles Carlos de Borbón, quien en 1759, a la muerte de su hermano Fernando VI, pasaría a ceñirse la corona española y se convertiría en el buen rey Carlos III de España. El nuevo monarca de las Dos Sicilias había llevado consigo a gran número de españoles, entre los que se encontraba el capitán don Miguel de Ribas y Boyons, oriundo de Caldas de Malavella, que con el tiempo llegó a ocupar altos cargos en la corte napolitana.

Casó don Miguel con la irlandesa Margarita Plunkett, hija del conde de Fingall, y del matrimonio nacieron cuatro hijos varones, José, Manuel, Andrés y Félix, y dos hijas. El mayor, José, nacido en Nápoles el 6 de junio de 1749, ingresó a los catorce años en el ejército napolitano y a los veinte ya había alcanzado el empleo de comandante. Ignoro qué méritos acumuló para tan rápida promoción, un tanto de opereta, este muchacho que, a juzgar por los hechos, parecía más apto para entonar la conocida romanza de *La canción del olvido* que para la guerra. Y, dadas las cualidades e inquietudes de que dio muestra a lo largo de su vida, no parece que hacer carrera en la milicia de Nápoles colmase las ambiciones del joven hispano-apolitano.

En 1769 emprendió José un viaje a Gran Bretaña, para solventar algún papeleo referente a la testamentaría de un miembro de su familia materna. Al regreso se detuvo en Livorno, donde entró en contacto con el general ruso conde Aleksei Grigorevich Orlov, hermano de Gregory Orlov, favorito de turno de la zarina Catalina II. El conde Orlov, que no sólo había participado en la conjura contra Pedro III en 1762, sino que por añadidura había asesinado al zar con sus propias manos, se había establecido en aquel puerto italiano a la espera de la escuadra rusa que la emperatriz enviaba desde el Báltico al teatro mediterráneo y de cuyo mando debía hacerse cargo, junto con el de las tropas que transportaba.

Parece que Orlov quedó prendado de las dotes del joven Ribas y lo tomó a su servicio directo, instándole además a entrar al servicio de Rusia. ¿Qué vio el magnate ruso en aquel muchacho de apenas veinte años? Según algunos autores, lo primero que llamó su atención fue su condición de políglota pues, por lazos familiares y por su esmeradísima educación, José de Ribas dominaba el español, el italiano, el francés, el inglés y el alemán. Pero, además, debía de poseer un genio muy despierto, una clara inteligencia, un enorme atractivo personal y una confianza y seguridad en sí mismo fuera de lo normal. No cabe duda de que el joven Ribas sabía lo que quería. Si no, ¿a qué venía aquella parada en Livorno al regreso de una gestión familiar en Inglaterra de la que debía rendir cuenta en Nápoles? La espera de la arribada de la escuadra rusa se hizo larga, y José la aprovechó para irse ganando la confianza del conde Orlov hasta hacerse imprescindible. Pero ¿qué hacía una flota rusa en el Mediterráneo, tan lejos de su país? Retrocedamos un poco en el tiempo.

### Guerra ruso-turca de 1768-1774

Hacia menos de un siglo que el zar Pedro I el Grande había logrado abrir en la enclaustrada Rusia una ventana que miraba a Europa, fundando en las desoladas marismas del Neva la maravillosa ciudad de San Petersburgo. Pero la flamante capital del imperio, ya en todo su esplendor, seguía adoleciendo de grandes inconvenientes. El golfo de Finlandia quedaba bloqueado por el hielo gran parte del año; además, durante la temporada en que estaba abierto, el comercio dependía de las buenas relaciones con Polonia, Suecia, Prusia y Dinamarca, para poder salir al Atlántico a través del Báltico y de los estrechos daneses. Así las cosas, Pedro puso sus ojos en el sur.



Almirante José de Ribas.

Allí se tropezó con el Imperio otomano, que en aquellos días dominaba ambas orillas del Ponto Euxino de los romanos. Tras varias guerras con suerte diversa, Pedro logró por fin asomarse al mar de Azov, de escasa profundidad y sin puertos que permitiesen la entrada de buques de comercio de gran tonelaje o el establecimiento de una base para una flota militar de alguna consideración. El zar murió sin haber resuelto el problema.

En 1762, la alemana Sofía de Anhalt-Zerbst, que había tomado el nombre de Catalina al casarse con el heredero del trono de Rusia, destronó e hizo asesinar al perturbado de su marido y se proclamó emperatriz con el nombre de Catalina II. La nueva zarina, tras poner orden en el imperio, invadió Polonia y destronó a su antiguo amante Estanislao Augusto Poniatowsky. La Sublime Puerta reaccionó, y en 1768 el sultán envió a la zarina un ultimátum exigiendo la retirada de las tropas rusas de Polonia. Era la ocasión que estaba esperando Catalina para declarar la guerra.

El Imperio otomano ya no era la potencia agresora de escasamente un siglo atrás, pero conservaba un notable potencial defensivo. El Ejército ruso emprendió la ofensiva y fue conquistando o sitiando las fortalezas que jalonaban la orilla norte del Mar Negro, pero carecía de fuerzas navales con que impedir la llegada de refuerzos. En la mar, los turcos no tenían oposición.

Fue entonces cuando el conde Gregory Orlov concibió la idea de enviar una escuadra al Mediterráneo, organizando la que se llamó «expedición archipiélago», cuyo objetivo era atacar a los turcos en su punto más débil: el Egeo, su bajo vientre.

Con la excepción de la costa de Anatolia, las riberas del Mar Negro estaban pobladas por gentes de habla y cultura eslava o latina y por indómitos tártaros y cosacos, por lo que los turcos precisaban de innumerables fortalezas para imponer su yugo. En el sur, Grecia hervía en rebeldía contra el opresor, e incluso en Egipto, los mamelucos, encabezados por Alí-bey, preparaban una sublevación contra el sultán. El barril de pólvora estaba cebado; sólo faltaba encender la mecha.

Y esa era la misión del conde Alexei Orlov en Livorno mientras esperaba la arribada de la escuadra del Báltico. El conde, que había llegado a Italia so capa de recuperar su «quebrantada salud» en el benigno clima mediterráneo, trenzó una red de espionaje y subversión en todos los territorios que anhelaban sacudirse la férula otomana. Y parece que encontró un eficaz colaborador en el joven José de Ribas. La preparación de la escuadra fue lenta y complicada, pero sus artífices disponían de tiempo sobrado para aprestarla.

Como Rusia apenas tenía costas navegables, sus guardiamarinas y oficiales se adiestraban en la escuadra inglesa; pero, falto el país casi por entero de gente marinera, las dotaciones estaban formadas por campesinos que, aparte de analfabetos, no habían visto en su vida el mar. Así pues, reclutar dotaciones constituía una ardua labor.

Por fin, en junio de 1769 salió de Kronstadt la primera escuadra, al mando del contralmirante Gregory Andreevich Spiridov, y en octubre zarpó una segunda a las órdenes de John Elphinston, un capitán de navío inglés ascendido a contralmirante. La travesía hasta Livorno fue penosa y erizada de incidentes, y los buques debieron entrar en Portsmouth para reparar, completar personal y cargar toda clase de suministros. Tras innumerables peripecias, los primeros barcos de Spiridov llegaron a Livorno en diciembre de 1769, pero hasta febrero, cuando arribaron los demás, no se pudieron emprender las primeras operaciones en el Peloponeso. Elphinston y sus barcos no se incorporaron hasta mayo de 1770. Orlov, a base de mano izquierda, logró que los dos almirantes, entre los que habían surgido importantes desavenencias, colaborasen, y merced a este espíritu de entendimiento se pudieron asaltar fortalezas turcas en Grecia, se pertrechó de armas a los rebeldes griegos e incluso hubo algún enfrentamiento con la escuadra turca, la cual, pese a ser abrumadoramente superior, rehuía el combate.

Después de perseguirla por todo el Egeo, Orlov obtuvo noticias, a través de buques griegos armados en corso, de que la escuadra del sultán se había concentrado en el estrecho entre la isla de Chios y el continente asiático, y allá se dirigió sin pérdida de tiempo. El 6 de julio de 1770 los rusos penetraron en el paso desde el norte con el viento por la aleta de estribor, mientras los turcos, ciñendo por babor, se movían con dificultad en el angosto estrecho. Pese a la enorme superioridad otomana en buques y artillería, la breve batalla se resolvió en favor de los rusos, aunque la victoria no resultó decisiva.

Pero el almirante otomano cometió el error de refugiarse en la pequeña bahía de Chesma, de estrecha boca protegida por dos pequeños fuertes. Esa

noche, los rusos, dirigidos por el inglés Greig, recién ascendido a contralmirante, atacaron los fuertes con cuatro navíos, dos fragatas y una bombardera. Al amparo del bombardeo, y ya de madrugada, cuatro brulotes penetraron sigilosamente en la bahía. El primero no consiguió alcanzar su objetivo, pero sí el segundo, que originando terribles incendios y explosiones desató una alborotada confusión entre los buques turcos, los cuales, apretados unos contra otros, se veían imposibilitados de maniobrar. El tercer brulote, dando un rodeo, penetró hasta el fondo de la bahía y atacó desde barlovento; fue el colofón de la tragedia. La dotación del cuarto lo abandonó tras lanzarlo sobre la masa de la escuadra turca, y los incendios y explosiones que ocasionó hicieron el resto.



La zarina Catalina II.

Al amanecer del 7 de julio la armada turca había dejado de existir. Catorce navíos, seis fragatas y numerosos buques menores habían quedado reducidos a cenizas. Los muertos se contaban por millares, y los rusos apresaron un navío y cinco galeras milagrosamente escapados de las llamas. Las bajas rusas se redujeron a... ¡11 hombres! El almirante Spiridov escribía al presidente del Consejo del Almirantazgo: «¡Honor a la flota rusa! Los días 6 y 7 de julio atacamos, destruimos, aniquilamos, incendiábamos, hicimos saltar por los aires, hundimos y redujimos a cenizas a la escuadra enemiga, y hemos quedado dueños y señores de todo el archipiélago».

Bloqueados los Dardanelos y sin posibilidad de acudir a sofocar las rebeliones que estallaban por doquier en sus dominios mediterráneos, la posición del sultán se hacía insostenible. Las repercusiones en toda Europa fueron enormes y la reacción, inmediata, se tradujo en un creciente recelo hacia la potencia que empezaba a despuntar en el oriente europeo.

La guerra se prolongó todavía algunos años. La escuadra no regresó a Kronstadt hasta 1775. Los mandos fueron recibidos en loor de triunfo y colmados de títulos y prebendas. Orlov, en conmemoración de la victoria, añadió a su apellido el sobrenombre de Chesmensky. Por el subsiguiente tratado de paz se reconocía la independencia de Crimea, que pasaba a ser de hecho un apéndice de Rusia; se cedían a ésta todos los territorios entre los ríos Bug y Dnieper, y se le garantizaba el libre paso de sus buques por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos.

## En la corte de San Petersburgo

El joven Ribas había asistido como mero testigo al desarrollo de aquel conflicto, sin participar directamente en los hechos de armas, aunque sin duda siguió ganándose la confianza del conde Orlov-Chesmensky. Prueba de ello es que ya en 1772 éste lo había enviado a San Petersburgo con cartas de presentación y recomendación.

Y buenas debían de ser estas recomendaciones, además de ir dirigidas a las personas adecuadas, pues fue admitido con el empleo de capitán en el Cuerpo de Cadetes de la Nobleza, al tiempo que se le nombraba tutor y preceptor de Alexei Grigorevich Bobrinsky, hijo natural de la zarina y del mayor de los hermanos Orlov, tutela que Ribas ejerció hasta la mayoría de edad de Bobrinsky.

Según algún historiador, la pista de Ribas se desvanece en los catorce años siguientes. Quizá no puedan rastrearse huellas de nuestro protagonista en los legajos oficiales, pero leyendo entre líneas en las crónicas mundanas de la época, y a juzgar por su fulgurante ascensión a los puestos más influyentes del país a partir de su «reaparición en escena», durante esos años José de Ribas no se había quedado de brazos cruzados.

Una de las cartas de presentación iba dirigida a Ivan Ivanovich Betskoy, personaje relevante en la corte de Catalina II. Betskoy, hijo ilegítimo del conde Ivan Yurevich Trubetskoy —que le legó un apellido «truncado»—, se había formado en Dinamarca y Francia. Regresó a Rusia imbuido de ideas enciclopedistas y muy influido por las teorías de Rousseau sobre educación. Catalina, gran admiradora de aquellas ideas (hasta que rodó la cabeza de Luis XVI y empezó a verle las orejas al lobo), hasta el punto de haber protegido a Diderot y Voltaire, con quienes incluso mantuvo correspondencia, había encargado a Betskoy la reforma del sistema educativo ruso y muy especialmente del vigente para el Cuerpo de Cadetes de la Nobleza y el Colegio Smolny, para hijas de nobles.

Con Betskoy vivía su «protegida», Anastasia Ivanovna Sokolova, en realidad otra hija también ilegítima, con la que Ribas trabó gran amistad. La joven —o no tan joven, porque frisaba ya los treinta años— oficiaba de dama de cámara (*kamer-freydlina*) de la zarina, lo que la elevaba por encima de los demás miembros de su numeroso séquito personal. Sea por el cargo de tutor de su hijo, sea a través de Betskoy o por mediación de Anastasia, o por los tres factores a la vez, Ribas fue presentado a la emperatriz, «en la que causó una grata impresión», según un cronista de la época. Y la cosa puede que llegara «a mayores», según relataré más adelante.

Otro cronista le describe como «persona de asombrosa iniciativa» y cita entre sus cualidades la de saber discernir como nadie «la importancia de cualquier asunto, sopesar los pros y los contras, calcular los posibles beneficios y valorar la probabilidad de éxito». También mencionan varios cronistas la suerte o habilidad con los naipes del joven Ribas, cuya fama de jugador llegó hasta el palacio imperial. Y así, se dice que, cuando el príncipe Golitzin se lamentó ante

la emperatriz de que uno de sus hijos naturales, arruinado en el juego, se había suicidado, Catalina le preguntó: «¿Quién le arruinó? No sería Ribas... Porque Potemkin no juega tan bien». Efectivamente, había sido Ribas.

Según algunos autores, Ribas todavía prestó en aquellos días otro notable servicio a la corona rusa. Andaba por aquel tiempo agitando las cortes europeas una impostora de misterioso origen, imponente belleza y asombroso talento. Asediada por sus numerosos acreedores y levantando ardientes pasiones por doquier, recorrió Berlín, Londres, Gante, París, Venecia y otras capitales mudando sin cesar de nombre. Tan pronto se llamaba Franz como Mrs Shell, Madame de la Tremouille o Princesa Vladimirskaia. Finalmente, decidió hacerse llamar Elisabeta Tarakanova y, fingiéndose nieta de Pedro el Grande, se declaró pretendiente al trono de Rusia. Cuando se dirigía a Constantinopla en pos del apoyo del sultán, una tempestad la arrastró a Ragusa, donde se instaló para desde allí proseguir con sus intrigas y su farsa. Harta de tanto chisme, Catalina II, que acababa de lidiar con la sangrienta revuelta de Pugachev, otro impostor pretendiente al trono, dio orden al conde Orlov-Chemensky, aún en Livorno, de secuestrarla. El hecho es que por aquellos días Ribas viajó a Italia y, según el historiador Y.S. Kryuchkov, fue él quien con el nombre de «comandante Ivan Kristinen» engatusó a la bella farsante y la puso en manos de Orlov, que la envió a Rusia en un navío. Allí fue encerrada en la fortaleza de Petropavlosk, donde murió de tuberculosis en diciembre de 1775, según unos, o ahogada en su celda durante la inundación de 1777, según otros. El «servicio» quedó apuntado en el «haber» del joven Ribas, a quien incluso algún autor atribuye la paternidad del hijo que al parecer la impostora dio a luz durante el cautiverio. Pero eso entra de lleno en el terreno de la leyenda y el chismorreo.

Por entonces, José de Ribas había ya rusificado su nombre, que quedó convertido en «Iosif Mijailovich De-Ribas» («Osip M. Deribas», en otros documentos), y se movía como pez en el agua en los salones de la corte de San Petersburgo, nido de intrigas de todo tipo.

Aunque algunos historiadores rusos lo consideran italiano por su nacimiento, él nunca renunció a su ciudadanía española, como consta en el documento de ingreso en el Cuerpo de Cadetes. De Italia se trajo más adelante al menos a dos de sus hermanos, Manuel y Félix, que se asentaron en Rusia. En cuanto al tercero, Andrés, que al parecer murió joven, no he conseguido averiguar si llegó a ir a Rusia o falleció en Italia.

En 1776, dicese que a sugerencia de la propia emperatriz, Ribas contrajo matrimonio con la hija de Ivan Betskoy, la anteriormente mencionada Anastasia Ivanovna Sokolova, seis años mayor que él. A la boda, que se celebró en el palacio de Tsarskoye Selo, asistió la mismísima emperatriz. Del matrimonio nacieron dos hijas, que fueron amadrinadas por la zarina, en cuyo honor recibieron los nombres de Sophia y Katya. De la intimidad del matrimonio con la soberana da idea el hecho de que Catalina asistió personalmente al menos a uno de los partos y fue la primera en recibir en los brazos a la recién nacida.

Cuando empezó a declinar la estrella de los Orlov, Ribas supo cultivar la



Combate de Chesma, julio de 1770.

amistad del nuevo favorito, el todopoderoso príncipe Potemkin, a cuya sombra fue ascendiendo hasta alcanzar el empleo de coronel y recibir el mando del regimiento de caballería ligera de Mariupol. Para valorar como es debido la importancia de este cargo baste mencionar que su antecesor fue nada menos que Mijail Ilarionovich Kutuzov, quien unos años después sería el jefe supremo de los ejércitos rusos en la guerra contra Napoleón. Y cuando, en 1806, el zar Alejandro I descubrió la verdadera identidad de Nadezhda Durova, muchacha que, disfrazada de hombre, llegó a ser capitán de caballería, la hizo destinar a este regimiento «por ser el de más prestigio del ejército ruso».

También se distinguió Ribas como ingeniero, y suyo es el primer proyecto de un puente de obra sobre el Neva, que presentó a la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Aunque dicho proyecto recibió la aprobación y los parabienes de tal organismo, el puente nunca llegó a construirse. Pero el asunto debió de tener su envidia, porque hacen mención de él casi todos los cronistas.

### **Guerra ruso-turca de 1787-1791**

En 1783 Catalina, saltándose los términos de la paz de 1774, depuso al kan títere de Crimea y anexionó el territorio al imperio ruso. Al mismo tiempo, colocando a Georgia bajo su protectorado, la liberó de su vasallaje al sultán, que incluía el envío anual de cierto número de niños y niñas: las niñas, con

destino a los harenes; los chicos, a adiestrarse para engrosar las filas de los jenízaros. Estas provocaciones fueron acentuando la tirantez entre ambos imperios.

En 1787 el sultán, aprovechando que una pésima cosecha había desatado una terrible hambruna que azotaba vastas zonas de Rusia, y que las malas relaciones con Suecia impedían al imperio el envío de la escuadra del Báltico, lanzó un ultimátum a la corte de San Petersburgo. Constantinopla exigía la devolución de Crimea, la vuelta de Georgia al *statu quo* de vasallo otomano y el derecho de registrar los buques rusos que atravesaran los Dardanelos.

Catalina rechazó de plano el ultimátum. La emperatriz se encontraba en viaje de inspección por sus nuevos dominios, acompañada por el emperador de Austria, José II. A decir verdad, aquello, más que un viaje de inspección, parecía un desfile de las «mil y una noches», con una pompa y un boato como nunca se habían visto en Rusia, que ya es decir. De anfitrión actuaba el príncipe Potemkin, efectivo señor absoluto de todo el sur de Rusia, y la finalidad de semejante parafernalia era deslumbrar al emperador austriaco.

Pese a las presiones de Inglaterra, Francia y Suecia, que recelosas del nuevo poder que emergía en el este amenazaron veladamente con intervenir en el conflicto al lado de Turquía, ambos soberanos decidieron hacer frente al reto del sultán.

Y es en ese momento cuando José de Ribas juzga llegada su gran oportunidad. Ya ha quedado dicho que había cultivado la amistad del príncipe Potemkin, y a él se dirigió ahora solicitando un puesto en primera línea de combate, a lo que el gran favorito y jefe supremo de los ejércitos rusos accedió, llamándole a su lado.

La guerra no empieza demasiado bien para los rusos. Los otomanos toman la iniciativa y atacan en Crimea, Ucrania y la costa del Cáucaso. Potemkin, hábil gobernante y diplomático, pero absolutamente lego en temas militares, se empeña en dirigir la guerra desde su suntuosa tienda-palacio, rodeado de una pléyade de cortesanos, favoritas y aduladores, y pronto choca con Alexander Vassilyevich Suvorov, general en jefe efectivo de las fuerzas terrestres.

En el estuario del Dnieper se elevaban dos fortalezas: Ochakov, en el lado turco, y Kinburn, en la orilla rusa. Los turcos desembarcaron y pusieron sitio a la fortaleza rusa. Las fuerzas navales de Rusia —integradas por algunos navíos, pero en su mayoría por galeras y otras pequeñas unidades de poco calado— no eran enemigo para la potente flota turca, que impedía la llegada de refuerzos.

Y aquí dio Ribas las primeras muestras de sus dotes de organizador y de su inagotable energía. Con los indómitos y semisalvajes cosacos zaporogos, que poblaban Crimea y la región circundante, formó en poco tiempo unas eficientes unidades a las que embarcó en una heterogénea flotilla de goletas, lanchas, lanchones, bateles y barcazas que, por su poco calado, podían moverse a sus anchas pegadas a la costa, fuera del alcance de los cañones de la escuadra turca. Se encuadraban asimismo en la flotilla unas curiosas lanchas de remos de sólida estructura, que manejaban los cosacos y a las que éstos denomina-

ban *chaykas* (gaviotas). Con su flotilla no sólo hizo llegar suministros a los sitiados, sino que impidió que los sitiadores recibieran ayuda.

Con esta eficaz colaboración, Suvorov consiguió expulsar a los turcos desembarcados en Kinburn y, en octubre de 1787, poner sitio a Ochakov, mientras Ribas se apoderaba de la isla de Berezan, en el estuario del Dnieper, y aniquilaba a todos los bajeles otomanos que operaban al amparo de los cañones del fuerte. Por esta acción fue ascendido a general de brigada y recibió la Orden de San Vladimiro de tercera clase.

Y allí, junto a los muros de la imponente fortaleza de Ochakov, empezó la fulgurante carrera de José de Ribas y nació su amistad, que había de durar años, con Suvorov, el militar de mayor prestigio que jamás haya dado Rusia. Dada la diferencia de edad, pues el ruso estaba al filo de los sesenta, la relación entre ambos fue siempre casi paterno-filial, pero sus caracteres tenían mucho en común. Los dos eran austeros, valientes, emprendedores, francos y sagaces. De la emperatriz Catalina es la frase: «En toda Rusia el más sagaz es Suvoro..., bueno, Ribas es aún más astuto que él».

Las cartas de Suvorov a Ribas rezuman afecto y están pobladas de buenos consejos y alabanzas. En una de ellas le dice: «Con su sensatez ha dominado la soberbia y la ambición. Usted será siempre un brillante trovador, un elegido de las gracias». Y en otra le recomienda: «Usted persigue la perfección... Desengañese, no la encontrará ni en usted mismo, ni en mí, ni en ninguno más virtuoso que nosotros, porque la perfección no existe en este mundo». Tras la toma de Jadzibey por Ribas, le dice: «Tengo el honor de felicitar a Vucencia por la victoria de Jadzibey. De todo corazón le deseo que siga derrotando a los infieles y cosechando laureles.» Cuando el español conquistó los fuertes de Tuchka e Isachka, y a la espera de su llegada frente a los muros de Izmail, Suvorov le escribe: «¡Mi querido héroe y hermano! Me apresto a prepararme debidamente para su arribo; ya he ordenado al cantinero que haga buen copio de vodka.» Y todavía la vispera del asalto a la fortaleza: «Hay que buscar la gloria y la fama con ahínco, porque son fruto del sacrificio que trae la felicidad de todos. ¡Vucencia representa el amanecer de los mejores días que nos augura el futuro!». Bajo el lenguaje grandilocuente propio de la época, asoma entre líneas la atracción que el gran militar ruso experimentaba por el joven aventurero español.

Para entonces, las fuerzas al mando de José de Ribas habían ido cobrando entidad y actuaban con gran autonomía, respondiendo directamente ante el general en jefe. Tras el éxito de su intervención en Kinburn, su antes heterogéneo grupo de embarcaciones era ya conocido oficialmente como «Flotilla de Desembarco del Estuario» y se había enseñoreado de las aguas interiores y costeras, fuera del alcance de la artillería de la escuadra turca. En el seno de la unidad había surgido una fuerte rivalidad entre dos personajes singulares: el americano John Paul Jones y el príncipe de Nassau-Siegen, de nacionalidad alemana. Enrolados ambos con el empleo de contralmirantes, se profesaban una animosidad mutua. En un alarde de tacto, Ribas logró que acordasen un armisticio temporal en su disputa y que ambos colaborasen y contribuyesen al

éxito de la guerra. Más tarde, uno y otro fueron convocados a San Petersburgo y al menos Jones fue despedido, con muchos honores y medallas, sí, pero despedido.

Ochakov, situado en la nueva frontera entre los dos países, fijada tras la guerra anterior, era un imponente bastión construido en el período de entre-guerras con ayuda de ingenieros militares franceses y alemanes. Contaba además con fortines satélites bien comunicados con la fortaleza principal y albergaba una guarnición de 25.000 jenízaros que los rusos no podían dejar a sus espaldas si no querían verse cogidos entre dos fuegos en su avance.

El asedio a la plaza volvió a suscitar las discrepancias entre el príncipe Potemkin y el general Suvorov, que adquirieron un sesgo aún más acentuado. Mientras éste abogaba por un asalto inmediato, el favorito se inclinaba por un asedio formal con un mínimo de riesgo para los atacantes. Autores hay que incluso afirman que los éxitos de Suvorov suscitaban en Potemkin unos celos feroces, y que el príncipe había llegado a insinuar que preferiría una derrota del general antes que seguir contemplando cómo éste se colgaba medallas sin parar. El hecho es que retrasó todo lo que pudo la incorporación al sitio de los ejércitos de Ucrania y de Yekaterinoslav, que se pasaron el invierno en total inactividad, mientras sitiados y sitiadores se medían con la mirada por encima de las murallas y los turcos reforzaban la guarnición. Sus continuas discusiones eran la comidilla del campamento sitiador y, naturalmente, terminaron por llegar a la corte.

Nassau incluso escribió al embajador francés en San Petersburgo, conde de Segur, que la fortaleza podía haberse tomado mucho antes y que no lo había sido por pura desidia. El caso es que una copia de la carta llegó a manos de la zarina, que escribió de su puño al margen «es cierto». Catalina, debatiéndose entre el amor por su favorito —y parece que «esposo secreto»— y su afecto por el invicto general, decidió cortar por lo sano y ordenó al príncipe que liquidase aquel asunto y acelerase el final de la guerra.

Por fin Potemkin dio la orden de que se incorporase el ejército de Yekaterinoslav, que con sus casi 50.000 hombres permitió completar el cerco y aislar por completo la ciudad. Suvorov se preparó para el asalto final con el apoyo de la flotilla de Ribas, pero por tres veces el príncipe le ordenó demorarlo y volvió a insistir en apretar el cerco y rendir la fortaleza por hambre. Potemkin subrayaba el peligro de la presencia de la flota turca y hacía hincapié en que el asalto costaría muchas bajas inútiles. Pero no podía ignorar que los cañones de los buques turcos no podían alcanzar la fortaleza y que las enfermedades habían diezmando la guarnición otomana. Además, sabía que los turcos, tras la dureza del asedio, no esperaban cuartel y que eran conscientes de que a la rendición seguiría el degüello, de modo que resistirían hasta el último hombre.

El verano y el otoño de 1788 transcurrieron entre devastadores bombardeos artilleros de los rusos, que machacaron la fortaleza con bala sólida, granadas explosivas, bombas incendiarias o metralla. Los sitiados daban réplica con salidas de castigo que ocasionaban cuantiosas pérdidas entre los sitiadores.

Ante esto, y enfrentado con la perspectiva de otra invernada en campo abierto, Potemkin tuvo que rendirse a la evidencia y cedió.

El asalto, que Suvorov llevaba preparando minuciosamente durante meses, empezó el 6 de diciembre a las siete de la mañana, con una temperatura de -23º C. Mientras Ribas cortaba con su gente una eventual huida de los sitiados hacia el mar o la posible llegada de refuerzos de la flota, los rusos avanzaron sobre el fuerte en seis columnas, dos de ellas marchando sobre el hielo del estuario. La feroz resistencia de los turcos y la insuficiente preparación artillera hicieron que las pérdidas rusas ascendieran a casi 3.000 hombres, cifra que algunos autores elevan hasta 5.000.

Las bajas turcas fueron mucho mayores, aunque nadie se atreve a dar una cifra. Baste decir que, sólo entre soldados y población civil, los rusos hicieron 4.000 cautivos. Los cadáveres se apilaban por las calles en número tal, que se optó por lanzarlos al hielo del estuario, donde permanecieron todo el invierno en macabro hacinamiento, hasta que el deshielo primaveral los arrastró al mar. Se tomaron 310 cañones y 180 estandartes.

Pese a la victoria, la inquina de Potemkin hacia Suvorov se acentuó, y parece que llegó a alcanzar a Ribas por haber tomado partido por el general. El príncipe desahogó su rabia ordenando que la fortaleza y la ciudad fueran arrasadas hasta los cimientos. El pequeño fortín de Hassan-bajá quedó como único y mudo testigo de lo que había sido Ochakov. El fuerte no se reconstruiría hasta la guerra ruso-turca de 1878.

El 4 de febrero de 1789, en el palacio de Tsarkoye Selo se recibió en son de triunfo al príncipe Potemkin, al que se otorgaron títulos, honores, condecoraciones y 100.000 rublos en metálico para compensar sus gastos personales. La propia emperatriz compuso unos versos —ripiosos y bastante mediocres, por cierto— en honor del «conquistador de Ochakov», versos que ella misma recitó en el transcurso de la ceremonia.

## Jadzibey e Izmail

Mientras la guerra proseguía en otros teatros, el joven general Ribas no perdía el tiempo, y durante la primavera y el verano se dedicó a reflotar y reparar las embarcaciones turcas hundidas o abandonadas en Ochakov y Kinburn. Su «flotilla», a la que ahora había añadido algunas galeotas, era ya una fuerza considerable y Ribas se dio cuenta de que necesitaba un puerto seguro y bien defendido como base de operaciones. En sus navegaciones a lo largo de la costa había estudiado la población de Jadzibey, situada en una magnífica bahía y protegida por un fuerte asentado sobre un promontorio unido a tierra por un estrecho istmo. Observó que el fuerte no tenía foso por el lado del mar, y que en ese punto la muralla era más baja y débil. Evidentemente, los turcos no esperarían un ataque desde ese lado.

Pero entre el estuario del Dnieper y Jadzibey se interponía la poderosa flota turca, contra la que ni en sueños Ribas podía enfrentarse. Sus sólidas

embarcaciones, por más que se hallaran débilmente artilladas, habrían hecho de tal tentativa un suicidio. Así pues, Ribas decidió emplear la táctica que tanto éxito le había dado en anteriores ocasiones: navegar de noche pegado a la costa y camuflar sus barcos durante el día. La distancia a recorrer abarcaba unas 70 millas.

Cuando estuvo al alcance de la fortaleza, envió una de sus barcas. A bordo iban hombres de su confianza que, haciéndose pasar por pescadores, se acercaron y confirmaron sus observaciones. Durante el día podían avizorar en el horizonte las velas enemigas

Coordinado con el general Gudovich, el español planeó un ataque simultáneo por mar y por tierra. La noche del 14 de septiembre de 1789 era de una cerrada oscuridad, y Ribas se deslizó con toda su «flotilla» hasta las proximidades del promontorio. Una aguerrido grupo desembarcó en el istmo con cañones, mientras él mismo, con el resto de la gente y portando escalas, se acercaba por el lado del mar. Cuando los centinelas quisieron darse cuenta, los cosacos, con Ribas a la cabeza, se habían encaramado ya en lo alto de la muralla, mientras el resto atacaba por el lado del istmo. Algún autor afirma que el fuerte se dominó en un cuarto de hora. Quizá sea una exageración, pero lo cierto es que el asalto fue una operación relámpago y que, cuando Gudovich se presentó con sus tropas, Ribas ya tenía dominada la situación. La tardía e inútil reacción de la escuadra turca, al ver al día siguiente el estandarte con la cruz de San Andrés ondear sobre los muros de Jadzibey, fue fácilmente rechazada por los cañones del propio fuerte y por los que había aportado Gudovich.

La victoria fue sonada, y sus ecos alcanzaron hasta la última guarnición del Ejército ruso. El mismo Suvorov comentó que, si a Ribas se le daba un buen regimiento, era capaz de tomar Constantinopla. Por aquí y por allá, le llovieron felicitaciones y parabienes, y la zarina le concedió la Orden de San Jorge de tercera clase y la de San Vladímir de segunda. De la noche a la mañana se había convertido en un héroe nacional cuyo prestigio había alcanzado cotas inimaginables muy poco antes. Desde luego Jadzibey no era Ochakov, pero frente al año largo de asedio y los miles de muertos con que el asalto y las enfermedades habían alfombrado el estuario del Dnieper, Ribas había tomado Jadzibey en menos de una hora y con media docena escasa de bajas.

Entretanto, Suvorov había derrotado a los turcos en Rymnik y en Fokshany, pero otro gran obstáculo se alzaba en el camino del ejército ruso: Izmail. Situado sobre el Danubio, a unos 120 kilómetros río arriba de la desembocadura, Izmail era paso obligado de todas las rutas que se dirigían al sur. La fortaleza —diseñada, como la de Ochakov, por los mejores ingenieros militares franceses y alemanes— estaba considerada la más inexpugnable de Europa. Pero había que intentar su asalto. Así que Potemkin, aunque a regañadientes, recurrió de nuevo a Ribas.

Esta vez la «flotilla» tenía que hacer un recorrido mucho mayor, en mar abierta y con una escuadra turca al acecho, escarmentada tras lo ocurrido en Ochakov y Jadzibey. Se decidió que la flota rusa de Sebastopol, al mando del

almirante Fyodor Fyodorovich Ushakov, daría escolta a la fuerza de desembarco de Ribas. Pero ante la tardanza de Ushakov, y tras asegurarse por conducto de sus exploradores de que la flota turca se había alejado, Ribas decidió lanzarse por sí solo a la aventura.

El 21 de octubre se presentó en el estuario del Danubio, donde se apoderó fácilmente de las baterías que defendían el acceso al río, apresó siete transportes y obligó al resto de las embarcaciones enemigas a huir río arriba.

Remontando el Danubio, el 7 de noviembre asaltó y tomó la fortaleza de Tuchka, apresando 40 lanchones y hundiendo dos lanchas cañoneras. El 13, una división de su flotilla alcanzó la fortaleza de Isachka, aguas arriba de Izmail. Tras trabar combate con una flotilla turca de 32 embarcaciones, de las que hundió veintidós, desembarcó y se apoderó del fuerte y de un gran depósito de provisiones de boca y guerra.

Mientras tanto, él mismo había ocupado la isla de Chatal, frente a Izmail, con lo quedaba completado el bloqueo fluvial de la plaza. Desde la isla, en la que estableció su base de operaciones, empezó un bombardeo sistemático de la fortaleza y de las embarcaciones amparadas por sus muros, y en el plazo de unos días logró hundir o incendiar a ochenta y ocho de ellas.

Por orden del príncipe Potemkin, los generales Samoylov y Pavel Potemkin, su propio sobrino, pusieron sitio a la fortaleza por la parte de tierra. Pero éstos, reunidos en consejo el 26 de noviembre, decidieron que, con las fuerzas de que disponían y ante la proximidad del invierno, era imposible tomar la plaza, de manera que convencieron al príncipe de abandonar la empresa, por lo menos hasta la primavera.

No se conformó Ribas con la decisión de sus superiores. El español había estudiado minuciosamente las defensas y elaborado un plan para el asalto merecedor de la aprobación del propio Suvorov. Desoyendo la orden de retirarse, envió perentorias misivas tanto a Suvorov como al príncipe exponiendo su plan e insistiendo en que una retirada ahora supondría desperdiciar las conquistas logradas con tanto esfuerzo.

Aunque Rusia había concertado una paz con Suecia, lo que aliviaba la presión en el norte, la situación internacional había ido empeorando. Prusia y Polonia por un lado, y Francia, Inglaterra y Holanda por otro, presionaban al gobierno ruso; los británicos aún fueron más allá y llegaron a amenazar con bombardear San Petersburgo. Esto forzó a Austria a retirarse de la guerra; pero Catalina no quería dar su brazo a torcer y apremiaba a Potemkin a liquidar la guerra cuanto antes, a fin de enfrentar a las potencias occidentales con los hechos consumados.

Acuciado por las presiones de San Petersburgo y la empecinada insistencia de Ribas, el príncipe por fin accedió a las pretensiones de éste y ordenó a Suvorov hacerse cargo del asedio. El general llegó a Izmail el 2 de diciembre. En seis días organizó el asalto, siguiendo el plan elaborado por el español, y envió un ultimátum al gobernador turco, que lo rechazó de plano.

A las tres de la madrugada del 11 de diciembre, un cohete dio la señal de avanzar sobre la fortaleza. A las siete, tres columnas desde el oeste y otras tres



Cosacos zaporogos.

desde el este, al mando de Pavel Potemkin, Samoylov y Kutuzov, llegaron al pie de la muralla mientras sobre ellas se abatía una tempestad de balas y metralla.

A esa misma hora tocaban tierra al pie de la fortaleza las embarcaciones y «gaviotas» de Ribas, al tiempo que los cosacos se lanzaban al asalto de los muros. Entre los atacantes, con el empleo de teniente coronel y al mandó de un regimiento de «granaderos marinos», se encontraba el mismísimo Manuel de Ribas, hermano de nuestro protagonista. El mayor obstáculo era un fortín, conocido como «el Caballero» (*kavalyer*, en ruso), que sobresalía por encima del conjunto y cuyos cañones dominaban todo el recinto. A por él se lanzaron los cosacos, con el propio Ribas a la cabeza. Al precio de sucumbir en el empeño dos tercios de los atacantes, el *Kavalyer* cayó en manos del joven general. Vencida la resistencia del bastión, poco a poco fue cayendo el resto de la muralla y las demás fuerzas pudieron penetrar en la ciudad.

La lucha en el interior fue feroz y despiadada. Los defensores se hacían fuertes en cada casa y cada mezquita, que hubieron de ser tomadas una a una tras una fiera resistencia. De una cuadra incendiada se escaparon cientos de caballos que corrían enloquecidos por las calles aumentando aún más la confusión. La sangre inundaba las calles de la ciudad. Hacia las dos del mediodía, el gobernador turco envió a Ribas un representante para pactar la rendición, pero hasta finales de la tarde no cesó la lucha. Suvorov entregó la ciudad al pillaje de la soldadesca, que se abandonó a una degollina que continuó hasta bien entrado el día siguiente.

Las pérdidas turcas fueron enormes; se habla de casi 30.000 muertos y 7.000 prisioneros. Los rusos se apoderaron de 265 cañones, 3.000 libras de pólvora, 20.000 granadas de cañón, 400 estandartes, 8 lanchones, 12 pontones, 22 embarcaciones menores y más de un millón de rublos en moneda que

fueron repartidos entre los soldados. En cuanto a las pérdidas propias, los rusos hablan de 1.880 muertos (64 de ellos oficiales) y 2.450 heridos (253 oficiales). Pero no faltan autores que elevan las bajas a casi 10.000 entre muertos y heridos. Pese a las enormes pérdidas sufridas, el Imperio otomano prosiguió la lucha con la esperanza de provocar una intervención británica.

La «flotilla» de Ribas permaneció en el Danubio, apresando o hundiendo a toda embarcación turca que osara navegar por él. Contribuyó con su fuego y con sus hombres a la toma de Braila y de Mechón, y en más de una ocasión transportó tropas río arriba o de una a otra orilla. En el ataque a Gálata, construyó con sus lanchones y barcazas un pontón para el paso del ejército ruso. Nada se movía en el río sin permiso del español.

Finalmente, el 29 de diciembre de 1791 según el calendario juliano (9 de enero de 1792 por el gregoriano) se firmó la paz entre los dos imperios en la ciudad de Yassy. José de Ribas fue uno de los plenipotenciarios rusos firmantes del tratado, en virtud del cual Rusia adquiría definitivamente Crimea y extendía su frontera hasta el Dniester. A cambio, sus tropas debían evacuar Moldavia, Besarabia y Valaquia.

Ese mismo año la emperatriz, vista la incongruencia de que un general mandase una fuerza naval y la diligencia que Ribas había mostrado en el desempeño de las misiones encomendadas, decidió cambiarle de cuerpo y le nombró contralmirante. El nombramiento no fue recibido con agrado en los círculos navales, y algunos viejos «lobos de mar» no dejaron nunca de considerarle un *zemlyak* o «marino de secano».

### **Protagonismo de Ribas en la toma de Izmail**

La toma de Izmail marca un hito en la historia de Rusia. Ha sido celebrada en obeliscos, monumentos, iglesias votivas, emisiones de sellos, etc. Incluso se acuñó una medalla conmemorativa, en oro para los oficiales y en plata para la tropa. Pero los historiadores rusos, imbuidos de fervor nacionalista, siempre han rebajado los méritos de José de Ribas. No es que lo hayan obviado por completo de la gesta, pero han puesto tal empeño en que reluzca la gloria de sus protagonistas rusos que la del español ha quedado un tanto ensombrecida. Esta actitud fue más acentuada si cabe durante la época soviética, caracterizada en el ámbito historiográfico por un nacionalismo a ultranza. Y así, para la historiografía rusa los grandes héroes de la gesta son Kutuzov y, sobre todo y sobre todos, Suvorov. Ribas también aparece como actor en los hechos, pero su papel en ellos, aunque importante, es secundario.

Hoy se alzan voces en la comunidad historiográfica que reivindican el papel estelar del español. A los contemporáneos de los hechos no les cabía la menor duda al respecto. El mismo Suvorov, sólo tres días después del asalto, almorzó en el buque insignia de la «flotilla» y en los brindis calificó a Ribas como «el héroe del Danubio». Dice mucho en favor del ilustre militar ruso que supiera reconocer públicamente a quién correspondía la gloria de aquella

jornada. Y cuenta Lipardi que, en 1821 —o sea, treinta años después de la gesta y transcurridos veinte de la muerte de Ribas—, el gran poeta Pushkin se quedó extasiado ante las ruinas del Caballero y comentó que no comprendía cómo Ribas había logrado escalar aquellos muros. Y Lord Byron, quien nunca conoció al español ni tenía por qué tomar partido a favor de él, pero que sin duda oyó comentar los hechos, narra en los versos que encabezan este trabajo la oposición de los demás generales al asalto y la insistencia del español. Páginas después el poeta romántico inglés resalta en su poema narrativo que fue precisamente a Ribas a quien se rindió la fortaleza, y a nadie más:

*At length he condescended to inquire  
If yet the city's rest were won or lost;  
And being told the latter, sent a bey  
To answer Ribas summons to give way.*

(*Don Juan*, Canto 8, CXX)

Y del papel descollante de Ribas debía de estar persuadida la zarina, por cuanto otorgó a Kutuzov la Orden de San Jorge de tercera clase, mientras que aquél recibía la de segunda; además, la soberana regaló al español un sable con empuñadura de oro incrustada de diamantes, le concedió una hacienda con 800 siervos, y le nombró caballero de la Orden de Alexander Nevsky. El decreto de concesión de la orden dice textualmente que se otorgaba «a quien, acaudillando personalmente sus tropas, conquistó la fortaleza».

Efectivamente, Ribas se había enseñoreado del Danubio y propiciado el aislamiento de la plaza. Suyos fueron los planes para el asalto. Solicitó y consiguió que se pusiese a sus órdenes casi toda la artillería de que disponía el Ejército ruso, la cual, unida a la que armaban sus embarcaciones, sumaba casi 600 piezas que machacaron sin pausa la fortaleza hasta dos horas antes del asalto. Con sus cosacos zaporogos y sus «granaderos marinos», asaltó y tomó el *kavalyer*, lo que permitió la entrada en la plaza de Kutuzov, que se había atascado ante el reducto, y facilitó la acción de las demás unidades.

Los numerosos extranjeros que se alistaban en el Ejército ruso pugnaban por combatir bajo su mando. En Ochakov estuvieron a sus órdenes John Paul Jones, héroe de la independencia americana, y el príncipe de Nassau-Siegen. En Izmail lucharon en sus filas los franceses Roger Damas y el conde de Langeron, a quien años después correspondería un papel destacado en la guerra contra Napoleón en el sangriento cruce del río Beresina; y el también francés duque de Richelieu, que después relevaría a Ribas en el gobierno de Odesa; y el ingeniero militar holandés Franz De Volland, que sería su mano derecha en la planificación y fundación de Odesa. Es curiosa la anécdota, relatada años más tarde por el entonces teniente general Zavorovsky, de que una de las peticiones para enrolarse que se recibieron estaba firmada por un jovencísimo teniente corso de nombre «Napolione Buonaparte», con el que no se llegó a un acuerdo a cuenta del empleo que exigía el solicitante. Veinte años más tarde invadiría

Rusia al frente de medio millón de hombres. No sé si sería en venganza... La anécdota es sabrosa y «*se non è vero, è ben trovato*», como diría un italiano.

El general duque de Repnin escribía a Ribas el 14 de noviembre: «¡Bravo, querido general! ¡Bravo por los avances de su magnífica flotilla! Tuchka ya es suya y se encuentra usted, por así decirlo, a las puertas de Izmail. A usted acude la gente, como antaño afluían a Atenas. Todos quieren luchar bajo sus banderas y, si atendiéramos los deseos de los jóvenes y valientes soldados que se nos presentan desde más allá de nuestras fronteras, todos se alistarían con usted».

Y quien diseñó el escudo de la ciudad de Izmail sabía perfectamente a quién atribuir la conquista. En un cuartel aparecen una cruz y un sable cosaco, sobre una media luna derribada; en el otro, una «gaviota» cosaca frente al *Kavalyer*.

## Odesa

La terminación de la guerra no supuso para Ribas el fin de sus trabajos y desvelos. Su otrora pequeña y heterogénea «flotilla» se había convertido oficialmente en la «Flota de Remos del Mar Negro», y el almirante, que izaba su insignia en su goleta *Blagovyeshenye* (*Anunciación*), necesitaba una base logística para sus buques. Por otra parte, Suvorov demandaba una fortaleza en los nuevos territorios para sustituir a las demolidas en Ochakov y Jadzibey. Y desde San Petersburgo la emperatriz apremiaba para que se buscara un lugar donde establecer un puerto comercial que diese salida a los productos del mediodía ruso, especialmente en la época invernal.

En enero de 1792, el gobernador general de la región, general Kajovsky, encargó a Ribas el levantamiento hidrográfico y cartográfico de la costa entre el Dnieper y el Dniester, que nadie conocía como él. El estudio le confirmó que Jadzibey era el lugar idóneo para las tres finalidades que se perseguían. Pero el proyecto del español tropezó con la oposición frontal del vicealmirante Mordvinov, enemigo declarado de Ribas y delegado del Almirantazgo en el Mar Negro, que propugnaba un emplazamiento alternativo en la zona Ochakov-Nikolayev. Remitidos los dos proyectos a la corte, la comisión encargada del estudio recomendó el de Ribas, dictamen al que quizá no fue ajena la fuerte influencia de Anastasia Ivanovna en el palacio imperial. Pero la orden, y sobre todo los fondos, no llegaban.

Suvorov insistía en la urgencia de erigir un fuerte capaz de montar 120 cañones y de albergar una guarnición de 2.000 hombres. Y para ganar tiempo, y de paso procurarse el favor del general, Ribas trasladó a Jadzibey a ochocientos de sus cosacos y los puso a excavar el foso que circundaría el fuerte y a levantar el terraplén sobre el que se ubicaría.

Por fin, en 1794 se publicó el decreto mencionado al comienzo de este trabajo y se aprobó una asignación de 24.000 rublos para las primeras obras. Ribas, ya ascendido a vicealmirante, puso manos a la obra. Hasta entonces se había destacado como militar, diplomático y organizador. Los estudios que efectuó para la elección del emplazamiento idóneo de la ciudad y el

posterior desarrollo de ésta revelaron también su genio para la economía y la ingeniería.

Lo primero que necesitaba era un equipo. Y para elegirlo, como para muchas otras de sus decisiones, parece que Ribas dispuso de carta blanca, o al menos actuó como si dispusiese de ella. En Polonia, trabajando en construcciones militares, se hallaba el coronel ingeniero Franz De Volland, holandés que había combatido a sus órdenes en Izmail y con quien le unía una gran amistad. Ribas logró que se lo asignasen y le encargó el trazado de los planos de la ciudad y el puerto.

La región, fronteriza durante muchos años con el Imperio otomano, se hallaba poco poblada. Así pues, para suplir la escasez de mano de obra, el nuevo gobernador, Platon Zubov, propuso el empleo de presidiarios y desterrados, gente siempre difícil de gobernar. Ribas seleccionó para esta labor al brigadier Fedor Kiselyev, al que nombró su lugarteniente y gobernador militar de la plaza.

En el curso de la reciente guerra, junto a los rusos habían combatido unidades de voluntarios griegos y albaneses, que acudieron ahora a Ribas en demanda de trabajo. El español los acogió, y la primera tarea que les asignó fue construir sus propias viviendas. Ellos mismos habían propuesto para dirigirles a sus coroneles Pellegrini y Kes-Oglu. Ribas nombró para el puesto al primero de ellos.

El segundo era un hábil y astuto hombre de negocios, cuya mayor hazaña en la guerra había sido la falsificación masiva y la puesta en circulación de ingentes cantidades de moneda turca falsa, ocasionando un gran perjuicio a la hacienda otomana. Ribas lo puso al frente de las finanzas. Y al frente de los aspectos legales del proyecto situó a Mijail Kiryakov, hombre versado en leyes, al que había conocido en su período de miembro del Estado Mayor del príncipe Potemkin.

Otro problema acuciante era la insalubridad de la región. En Crimea y Turquía, la peste y el cólera eran poco menos que endémicos. Había que habilitar en el puerto una zona de cuarentena y para ello nombró al médico italiano Basilio Sarti.

Con todos estos hombres y bajo la enérgica dirección de José de Ribas, las obras progresaban a un ritmo febril. Ya en agosto de aquel año el metropolitano griego Gavryil, con asistencia de las autoridades regionales, impartió su bendición sobre las primeras construcciones: el rompeolas que debía cerrar el puerto, las gradas del astillero, el muelle de reparación de buques, dos muelles para el atraque de las embarcaciones de la flota y sendas iglesias consagradas a santa Catalina y san Nicolás. Cuentan que, en el transcurso de esta ceremonia, el metropolitano mencionó que, en tiempos remotos, en aquel mismo lugar se había asentado la colonia griega de Odessos, y que eso había inspirado a Ribas la idea de proponer a la zarina cambiar el topónimo de la flamante ciudad. La propuesta caía en tierra abonada, pues parece que entre las fantasías de grandeza de Catalina figuraba la reconstrucción del Imperio Romano de Oriente, cuya capital no podía ser otra que Constantinopla. No en vano la zarina había hecho rebautizar con nombres helenos otras ciudades de la región, como Sebastopol, Sinferopol o Jerson.

La noticia del avance de las obras debió de propagarse por todo el imperio, pues desde Varsovia, adonde había sido enviado a sofocar la sublevación de Koscyuzko, le escribía Suvorov: «Vuestro Jadzibey es un auténtico milagro. ¡Adelante! Incremetad vuestra flota y abríos camino hasta los estrechos de Bizancio». Se asignaron a la ciudad más de 3.000 hectáreas, divididas en parcelas que el propio Ribas adjudicaba. Y para fomentar el asentamiento de colonos logró de la emperatriz un decreto por el que todo el que se estableciese en Odesa quedaba liberado por diez años del impuesto sobre la tierra y del servicio militar, además de recibir un préstamo para construir su vivienda.

Y empezó a llegar gente, y a prosperar el comercio, y se fundaron las primeras industrias. Se terminó el puerto comercial, la aduana y la dársena de cuarentena. Se construyeron almacenes. Tímidamente al principio, con más asiduidad después, iban llegando buques provenientes de todo el Mediterráneo a cargar o descargar mercancías.

Cuando Ribas abandonó Odesa, los 10 habitantes con que contaba la aldea en 1793 se habían convertido en 4.573, sin contar la guarnición. Se habían construido 60 edificios oficiales, 353 casas de apartamentos y otras 234 viviendas, y había en la ciudad más de 400 comercios. Y el crecimiento de la que alguno llamó «la perla más brillante de la corona rusa» no perdía pujanza.

Ribas nunca olvidó a su querida Odesa, cuya fundación consideraba «la realización más importante de todas las que se me han encomendado en mi vida», y de regreso en San Petersburgo siguió con interés el desarrollo de la ciudad. Cuando el zar Pablo I, en uno de sus brotes de locura, canceló todos los créditos destinados a Odesa, las autoridades locales recurrieron a Ribas. Conociendo la afición del soberano a las naranjas, el español mandó traer de su tierra, a través de Odesa, un cargamento de 4.000 cítricos, que remitió al emperador. Con este agasajo propició no sólo la descongelación de los fondos, sino que se asignaran a la ciudad 250.000 rublos de oro con los que se pudo dar cima a la obra. Hoy día la ciudad recuerda el episodio con un monumento en el que aparece una naranja de bronce de metro y medio de diámetro.

## Conclusión

A la muerte de Catalina II, en noviembre de 1796, el nuevo emperador, Pablo I, convocó a Ribas a la capital. Pablo, cuyas facultades mentales se hallaban como poco tan perturbadas como las de su padre, había emprendido una furiosa persecución contra todo aquel o aquello que hubiera estado cerca de su madre. El español llegó a la corte con los peores augurios. Pero el zar, lejos de destituirlo, lo colmó de honores y atenciones.

Entre 1796 y 1800 Ribas fue ascendido a almirante y nombrado vicepresidente del Consejo del Almirantazgo y *General-kriegs-commissar*, es decir, responsable de todos los suministros para las fuerzas armadas. Sin desatender



Campana 1787-1791.

estos destinos, el zar le hizo director general de Bosques, con el encargo concreto de fomentar el mantenimiento y repoblación de robles con destino a la construcción naval. También le encargó la redacción de una memoria sobre el estado de la flota y de un proyecto para reforzar las defensas de la base de Kronstadt. Ribas asumió todas estas tareas con la energía y entrega que le caracterizaban.

En marzo de 1800, el extravagante zar, en uno de sus arrebatos, le destituyó de todos sus cargos, acusándole de malversación de fondos en la administración de los bosques. Sin embargo, la caída en desgracia del español duró dos escasos meses, al cabo de los cuales el emperador le repuso en sus responsabilidades y además, quizá como desagravio, le hizo comendador de la Orden de Malta, cuyo gran maestre era el propio Pablo.

Pero la ofensa recibida parece que hizo mella en el ánimo de Ribas, que se sumó a la conjura en ciernes para destronar al atrabiliario zar. Las absurdas y excéntricas veleidades del soberano habían colmado el vaso de la paciencia de muchos, que se decidieron a actuar. Los muñidores de la trama conspirativa eran el conde de Panin, preceptor de Pablo en su juventud, y el general Von Palen, jefe supremo de la policía del imperio. Los conjurados contaban con la aprobación, tácita o expresa, del propio heredero de la corona, el *zarévich* Alejandro.

Los entresijos de la confabulación son confusos y hay múltiples versiones sobre los hechos. Von Palen, por ejemplo, cuenta que en principio sólo se pretendía obligar a Pablo a abdicar, y que fue Ribas quien insistió en el asesinato y, no contento con ello, por añadidura recomendó hacerlo «a la italiana»,

por medio del veneno o el estilete, a modo de aderezo macabro. Pero, en el extremo opuesto, hay quien duda de la misma participación del español.

En octubre cayó muy enfermo el presidente del Consejo del Almirantazgo, almirante Kushelyev, y el zar nombró a Ribas para sustituirle. Según algunos autores, los conjurados, temiendo que Ribas, que despachaba a diario con Pablo, les delatase para terminar de recuperar el favor del soberano, decidieron quitarle de en medio.

El hecho es que, repentina e inesperadamente, José de Ribas cayó gravemente enfermo a primeros de diciembre. Algunos sostienen que su dolencia obedecía a exceso de trabajo o a unas fiebres malignas contraídas durante la campaña de Izmail, pero la mayoría se inclina por la hipótesis de que fue envenenado por el propio Von Palen. Éste no se separó de la cabecera de Ribas durante los dos días que duró la agonía del almirante. Según unos, por miedo a que en el delirio delatase la conspiración; según otros, para asegurarse de la eficacia del veneno.

El almirante José de Ribas murió el 2 de diciembre de 1800 según el calendario juliano (14 de diciembre por el actual gregoriano) y fue enterrado en el cementerio católico de San Petersburgo. Al día siguiente la gaceta local publicaba una escueta noticia acerca de que había causado baja en el escalafón por fallecimiento. No hubo exequias especiales, ni se le rindieron ninguna clase de honores.

Tres meses después, el 11 de marzo de 1801, Pablo I fue asesinado de forma especialmente cruenta en su palacio de Mijailovsky. Le sucedió su hijo Alejandro I.

José de Ribas no dejó hijos varones. Sus dos hijas, Sofía y Catalina, contrajeron matrimonios muy ventajosos, pero naturalmente el apellido se extinguió por esa rama. Tampoco su hermano Manuel dejó descendientes. Sí los dejó el tercer hermano, Félix, personaje inquieto y muy influyente en Odesa, donde aún perdura el apellido «Deribás», que los rusos acentúan en la última sílaba.

Sin embargo, en 1776 en el Registro Civil de San Petersburgo aparece consignado el nacimiento de un niño «de religión católica romana», al que se impuso el nombre de «Iosif Iosifovich Sabir» (es decir, José «hijo de José», y con el apellido Ribas invertido), hijo de un «hidalgo hispano (*sic*)». Acerca de la identidad de la madre no hay mención alguna, pero no hay duda de quién era su padre, pues se conserva correspondencia entre Iosif Sabir y Félix de Ribas en la que éste llama a aquél «sobrino» y le comunica que José albergaba el firme propósito de reconocerlo, decisión que sólo su prematura e inesperada muerte había impedido. En 1914 el zar Nicolás II firmó un decreto por el que concedía a un descendiente de Iosif Sabir el uso del apellido Sabir-de-Ribas, que todavía hoy día perdura en San Petersburgo.

Pero la cosa no para ahí; si prestamos oídos a las habladurías, la madre «secretada» del niño era nada menos que... ¡la propia emperatriz! Así lo aseveraban los rumores provenientes de la corte, que hacían las veces de «prensa amarilla» de la época. La meteórica carrera de Sabir, que a los treinta y siete años alcanzó el generalato, durante el reinado de Alejandro I, nieto de Catalina y «presunto sobrino» de Sabir, avalaría esta teoría.

Y suma y sigue. Autores hay que, documento en mano, pretenden demostrar que el verdadero padre de Sophia de Anhalt-Zerbst era Ivan Betskoy, que habría tenido en París un idilio con la princesa de Holstein, del que habría nacido la futura Catalina. De ser cierto todo este lío, José de Ribas habría sido, no sólo amante fugaz de la emperatriz, sino también su cuñado, al estar casado con la «hermanastra» de la soberana. El autor del artículo es un descendiente del príncipe Bobrinsky, hijo de Catalina y de Grigory Orlov, y cita un sinnúmero de documentos familiares, testimonios y detalles en apoyo de sus afirmaciones.

Todo esto no menoscaba un ápice la magna obra de aquella gran soberana que, promiscuidad sexual aparte, fue una magnífica gobernante que culminó la obra, iniciada por Pedro el Grande, de sacar a Rusia del oscurantismo medieval para auparla al rango de potencia mundial.

He incluido todo este chismorreo para ilustrar sobre el ambiente en que tuvo que moverse, y en el que supo desenvolverse, este curioso personaje. Los muchos defectos de que, es de suponer, adolecía quedan de sobra compensados por las virtudes de que hizo gala: valor, inteligencia, don de gentes, dotes de mando, tesón, capacidad de trabajo, alto sentido del deber, entrega sin límites, todo ello adobado de una extraordinaria sagacidad y astucia.

José de Ribas, gloria de Rusia e indirectamente de España, ya que nunca ocultó sus orígenes españoles ni de ellos abjuró, es una de esas figuras que, por unas u otras razones, ha sido injustamente tratado e ignorado por la historia, especialmente en nuestro país, y que merece ser rescatado del olvido (\*).

(\*) Mientras escribía este artículo, ha caído en mis manos *El súbdito de la Zarina*, de Diego Merry del Val, ex corresponsal en Moscú del diario *Abc*. Aparecida en marzo de este mismo año, esta amena novela narra la vida y vicisitudes de José de Ribas. Recomiendo su lectura a todos los amantes de la historia.